

LAS NOVIAS



CRISTINA MORANO
LAS NOVIAS

Título: *Las novias*.

Primera edición: abril 2022.

De esta edición: InLimbo Ediciones S.L.

Dirección: Manuel Arcas Castillo.

Coordinación: Ana Martínez Castillo.

www.inlimbo.es

www.facebook.com/InLimboEdiciones

Del texto: © Cristina Morano.

Diseño de la colección: Rosa Aguilera García.

Imagen de cubierta: © Pilar Lozano (@plasticocruel).

Corrección: Juan García Rodenas.

Maquetación: Rosa Aguilera García.

Impresión y encuadernación: Cofás Artes Gráficas.

www.cofassa.es

ISBN: 978-84-124281-4-8

Depósito legal: AB 173-2022

IBIC: FA

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin previa autorización del editor.



InLimbo
Narrativa

Madre, apártate de mi patio, estoy transformándome.
Sylvia PLATH, *Ménade*

Nos acercamos al pájaro porque cantaba. Un filamento blanco y ancho le salía del ojo y otro más le anclaba al tronco del árbol desde abajo, pero el cabrón cantaba. Agitó las alas muy fuerte y nos sorprendimos. Uno cogió una piedra. Cantó un poco más. La piedra aplastó el pequeño cráneo y una gota de sangre cayó sobre el pecho. Luego nos marchamos zumbando. No miramos atrás más que una vez, pero se distinguía, en la distancia, un bulto pequeño en el árbol; enseguida se levantó el viento verde de la tarde y empezaron a caer las flores redondas de las acacias. Toda la calle parecía uno de los cuadros prerrafaelitas que habíamos estudiado en el insti. Y también había ciénagas y veloces muchachas pensativas en los márgenes.

Así empiezo mis charlas sobre las apuestas y sus peligros en los centros de enseñanza. Luego indico que me den un poco de agua.

En el sótano hacíamos cosas tangentes al juego, algunos querían distraerme, otras vigilaban. Estrellitas, yo y la Reco decíamos pedanterías que los informativos han encontrado, luego, suntuosas:

—Como soy una chica fea no se me pedía nada, estaba fuera de la escena.

—Para los adultos solo la mujer bella es la verdadera mujer, la que está cerca del tocador, lejos del sudor y del polvo: redondeces de niño, piel lisa, hoyuelos, infancia y minoría de edad legal permanente.

—Pues ahora les daré puto miedo.

—Se han abierto los ojos y los oídos.

—Cuántos saben. Cuántos vendrán.

—Los y las que tengan ojos, que bajen; las y los que tengan boca, que mientan.

Cuando vi mis manos descansé. Permanecía en el sótano. No se había disuelto mi cuerpo en la metamorfosis. Continuaba, cedía y continuaba. Me hacía más fuerte, tal y como había predicho la Reco.

Estrellitas chateaba a mis pies, sentado en las cajas de impresoras y libros de texto obsoletos que se guardaban en el sótano del insti, donde la caldera de la calefacción. Venía cada tarde después de las clases, me decía por dónde me buscaban los Jefes, me traía comida y cocacolas, ya no vomitaba al mirarme.

—Estrellitas.

—¿Qué?

—¿Parecemos novios?

—Parecemos.

Con cuidado me tocaba la mano derecha, la que colgaba y aún podía mover. Intentaba decirme algo con ese gesto, algo como que mira, que ya está, que todo eso. Porque yo no paraba de preguntarme cosas ahí, todas las que debería haberme preguntado antes. Pero es que antes no teníamos tiempo, me decía Estrellitas, estábamos rulando entre la biblioteca y la tienda de Madre, llevando y trayendo, haciendo las cosas de los Jefes, haciendo las cosas de los profes.

«Tenéis que preparaos», decían los adultos. Y nosotros mirábamos afuera y veíamos un mundo que se movía por pará-

metros ajenos a aquellas enseñanzas, donde el aoristo griego o la valencia de una molécula no contaban. Pero nosotras y nosotros, los pequeños, teníamos que demostrar que entendíamos aquello que no nos iba a servir para nada. Aquellas inutilidades que solo daban para comprarse un coche de mierda o acudir al trabajo con la chaqueta raída, con la coleta desecha, con el mismo abrigo día tras día.

Pero, y en las clases, le decía yo a mi amigo, por qué no nos preguntábamos nada en las horas eternas de aburrimiento de las clases. En las interminables comidas de domingo, en las actividades puto extraescolares. ¿Qué hacíamos, Estrellitas?

—Pues..., nos dábamos la mano. Y mirábamos el móvil.

Decía eso mientras dejaba mi mano en la suya. Solo una, porque la mano izquierda estaba atrapada debajo de mi cuerpo —entonces, eso también fue mi cuerpo— y la pared donde corrían los tubos de la calefacción. Por esos trastos apilados y esas paredes con salitre.

Nunca limpiaban en esta parte del sótano, nunca entraba nadie; a veces, los bedeles subían y bajaban cosas en aquellos pasillos olvidados que nos servían de madriguera. Los Jefes y los profesores creían que no los conocíamos. Nos creían buscando wifi por las avenidas abiertas, por los parkings de los hipermercados. No nos imaginaban en la humedad del rincón, en la doblez de un subterráneo.

Larvas y pantanos también en los videojuegos que preferíamos: allí nos encontrábamos convertidos en avatares que unían el láser con lo descascarillado, la espada con los granos de pus. Mi nombre ahí, en las aplicaciones, era: @Tritona, mi avatar en los *games*: Desgastado.

Se sentían, todos los adultos, seguros de nuestra obediencia porque les decíamos sí a todo. Porque nos presentábamos

recién duchados a la mesa. Porque estudiábamos y sabíamos dónde se encuentra Macondo y en qué año se derrocó el Antiguo Régimen. Cuando hacíamos deporte nos premiaban. Cuando volvíamos pronto a casa nos acariciaban.

1

IES Berta Cáceres. El mapa

—Al principio, el territorio era el instituto.

—Y el cuerpo.

—No, ¿qué es eso? ¿El cuerpo? Algo que sangra cada mes.

—Pero de repente muta.

—Le salen bultos y huele. Los adultos te dicen: «Te estás *haciendo* una mujer», y yo pensaba: «Yo, ¿de qué? De cuándo». Lo que me faltaba.

—Porque podemos, porque nuestro vientre es creador, hacemos lo vivo. Somos laboratorio y brotes. Nosotras. Crisálidas.

—Y hasta eso han querido quitarnos.

—Mejor un mapa, un terreno físico.

—Algo controlable, eso buscaba.

—Querías al policía del policía.

Cuando le dije a mi madre que con Estrellitas estaba mejor que con nadie, sonrió y me habló de sexo, las mismas tontadas que habíamos hablado en las clases del insti. Me facilitó protección. Así lo llamaba. Protección.

Pero yo no quería follar con Estrellitas.

Estábamos bajando.

En el *scroll* de las aplicaciones, cada vez más abajo. Al final de los millones de búsquedas de Google, en los últimos pues-

tos de las entradas de Instagram. Abajo, más abajo. Donde Twitter recomienza con las frases del día anterior y los motores de internet se abren para ofrecer alternativas a fin de que no abandones la pantalla.

Estábamos bajando y a veces teníamos que pagar cosas, registrarnos en sitios, hacer perfiles falsos para registrarnos de nuevo. Con otra cara, otra foto, otro *mail* recién creado para la ocasión.

Otras veces bajábamos por los murmullos: palabras silbantes en las clases de Historia, eructos, chirridos de la tiza sobre el encerado, chistes inventados en la hora de patio, zonas para esconderse y mirar en los vestuarios del campo de fútbol: ¡sudor sobre un muslo! ¡Una frente que brilla por el esfuerzo de un placaje al contrario!

Todo eso queríamos. Todo eso íbamos bajando.

La ropa tomaba un olor crudo después de tantas horas ajustándonos a lo esperado de nosotros. La entregábamos a los Jefes y nos mandaban a la ducha. Ellos, agotados pero obedientes a la orden de cuidar de sus retoños, nos daban de cenar unas croquetas o un vaso de leche y la orden de estudiar. Les salían ojeras a los pobres Jefes, el cabello se les puto desmadejaba en canas, gemían: «En la reunión nos han exigido que» y se desplomaban frente al televisor. Pero ninguno protestaba, ninguno salía a la calle a quemar las leyes ni a exigir ayudas. Pringados.

Cuando estábamos sentados en las respectivas mesas de comedor, haciendo lo llamado «cena en familia», los Jefes nos preguntaban si habíamos pasado la regla ya ese mes o si habíamos «ido al baño» ese día. La familia esplendía su jerarquía sobre la mierda. La peste de la diarrea o el estreñimiento semanal eran traídos a la cena. Los dolores del crecimiento, la vergüenza de haberse encontrado en clase con una ropa que, de pronto, no cubría el torso, eran comentados con jolgorio.

A las chicas, además, nos tocaba enseñar la sangre: los días de la regla, el uso de compresas, la tripa hinchada reventada de dolor, eran llevados al plato de postre, a la fuente de pescado. Y los ojos de las familias se achinaban o se relajaban según nuestras respuestas. Acababan, los Jefes:

—A nosotros puedes contarnos todo —decían, puaj—, que ya eres una mujer —boooooof—, y entre *nosotras* nos comprendemos.

—Hija mía —añadían.

Era imposible comer ni un bocado.

En cuanto a los amigos del cole, cada uno desde su casa compartía los descongelados, las caras de los hermanos tragando brócoli con asco, las cajas de pizza del que tenía las llaves de su casa y, a solas, ponía *Mi vida con 300 kilos* en la tele.

«T kagas» me decía la Txarra por el móvil. «Me puto castigaban por suspenso en Lite de la Maribienes». Pero yo le contestaba «Cómeme el donut», porque la profe M.^a Nieves de Lengua y Literatura me parecía más una amiga que una profesora. La mejor del IES Berta Cáceres.

En las horas de Nieves en la biblioteca aparecía medio instituto, ella contestaba a todos, daba libros, subía y bajaba consejos, informes, ayudas al estudio. Los y las repetidores, los majos, los intelectuales, los vagos, las gordas y los gordos, los que tenían granos o las que tenían locura, los listos y las listas. Todos aparecían por sus horas de biblioteca.

Ella suspiraba y aconsejaba.

Hablaba con familiares o tutores si se lo pedían. Les tomaba de la mano y decía «su hijo» o «su nieta» a los Jefes preocupados. Les calmaba. Aseguraba, con su brazo puesto sobre el hombro: verá cómo le suben la nota, verá cómo aparece a tiempo, verá cómo cambia pronto, verá cómo se hace un hombre, una mujer, una persona. Obtenía tiempo para nosotros. Retrasaba la bronca hasta final de curso, hasta septiem-

bre, hasta Navidades: *ya* no se preocupe, que el año que viene, que el curso siguiente... A cambio solo había que aparecer después de clase por su Grupo de Lectura en Biblioteca, y estarse callado una hora más o menos haciendo como que leías libros marcados en un índice con rotuladores y diagramas, como si no se hubieran inventado los Power Point. Como si Nieves viviera en otro siglo.

Pero era eso lo que nos gustaba.

La Reco, nieta de un concejal asesinado con calle dedicada en el pueblo, estaba siempre por la biblioteca estudiando, sin desviar ni un milímetro los ojos de los textos, tomando nota de detalles insólitos que luego clavaba en unos exámenes perfectos. Los profesores solían conocer su historia o al menos presumían de ello. Si alguno llegaba al pueblo, recién sacadas las oposiciones, preguntaban por su familia al ver su apellido en los listados o en la clase. Ella iba y venía rodeada de un grupo de amigos, chicas y chicas entre los que estaban los dos gilipollas de Fenomenal y el Sepas. Admitían a casi todo el mundo, menos a Estrellitas, yo y la Txarra, que éramos un trío de rarunos de la mierda.

Me daban ganas de autodarnos una paliza por feos, por enclenques, por amuermaos.

El resto de la gente se debatía estudiando y saltando de casa al insti, y de la calle a las tiendas de chuches, pero la Reco tenía costumbres propias, a veces desaparecía del pueblo «por aniversario tal de Cifuentes» o por «Homenaje cual a la familia». Se decía que había suspendido el año anterior por gusto. Y quizás otros años también, nadie lo sabía con certeza; era unos años mayor que el resto de su pandilla, pero no se sabía cuántos. También los últimos días del curso, ya en pleno verano, los pasó allí, con los que intentábamos preparar los finales.

Pero no conocimos a ella primero.

Primero vinieron sus amigos.

Estábamos en la piscina municipal y nos miraban. «Mira, los subnormales de los Meroño», dijo mi amiga al verlos. La Txarra y yo hacíamos el reto de mojar las rodillas en el agua, desde el borde de la piscina, para que Estrellitas nos grabara. Estábamos aburridas, molestas, no sé. El sol era una cosa redonda y verde en el cielo que nos aplastaba la cabeza. Era ese tipo de veranos. Estábamos bajando. Aprendiendo. Y lo que habíamos aprendido era:

En los retos hay un importante factor de suerte, a veces el agua helada desvía la trayectoria al caer del cubo por el viento, o la botella presenta una muesca en el vidrio y no rula igual, a veces las cosas resbalan de las manos, o llega alguien de los Jefes de pronto a casa y no puedes completar. El video de comer canela lo interrumpió la Jefa de Estrellitas, porque los policías dispersaron su manifa antes de tiempo y estuvo a punto de pillarnos con media casa llena de polvo marrón. Cuando íbamos a hacer lo del coche en marcha, a la Txarra se le cayó el teléfono y no pudo arreglarlo a tiempo.

Lo hablamos en la pisci municipal y decidimos hacer solo los retos más personales, los de poca preparación y mucha audacia.

Lo de mojar las rodillas era de esos. Cero preparación, todo personal, muy arriesgado por la bronca que te podía echar el vigilante. Cuestión de sangre fría. Ahí se veía quién y quién no.

El secreto de este reto es mirar al horizonte cuando empiezas a doblar las piernas. Para guardar el equilibrio. La gente mira hacia el agua de la piscina, para comprobar si llega o no, pero eso es un error porque al bajar al cabeza el cuerpo se desequilibra hacia delante. Hay que mirar arriba o al horizonte. A algo que tengas enfrente.

Al otro lado de la piscina, entonces, estaban Fenomenal y el Sepas, haciendo como que no miraban. Se secaban los brazos con una toalla de flores y giraban el rostro, con la boca

medio abierta, como dos auténticos mierdas mimados. Desde otro ángulo de la piscina, Estrellitas nos grababa con su móvil.

Hashtag lo estamos consiguiendo. Escribió en la *story* de su Instagram.

Hashtag puto gorda y puto Tante, le contestaron enseguida.

La puto gorda era Txarra, *mala* en euskera, que ambas cosas le decían, aunque se llamara Begoña. Y yo era la Tante, porque estaba plana como una estantería. Como si a alguien le puto importara mi cuerpo.

Al final nos caímos a la vez al agua, porque la Txarra erucó y me cogió del brazo al perder el equilibrio. El salvavidas pitó tres veces y el vigilante encargado de la piscina echó a andar en nuestra dirección, dando voces, dispuesto a echarnos por *juego peligroso*. Porque habíamos levantado una columna de agua que salpicó a medio pueblo.

Casi vaciamos la pisci.

Unas risas.

Nos fuimos volando de allí, corriendo y saltando los arriates de baladre que adornaban la zona de sombrillas, cada uno con nuestra toalla a medio meter en la mochila o enrollada en el brazo, dejando detrás un rastro de colores y gotas frescas de cloro, mojando a los que seesteaban en la hierba, empujando a los pavos que iban o venían del agua a la salida. Finalmente, saltamos el torno de entrada por la parte del encargado de la taquilla, que se unió al otro en las voces. Seguimos por la calle, salpicando de agua a la gente que salía de sus coches o transportaba bolsas de compra; los tres corriendo, con las toallas y el pelo al aire.

Si alguien nos increpaba le sacábamos una foto con el móvil. «¡Viejos!», les decíamos.

Y así, veloces, molestando, llegamos a la tienda de Madre, en el centro del pueblo, un par de calles a la espalda del Ayun-

tamiento, como si fuera su reverso hortera y chillón. Allí solíamos comprar cigarrillos para la Txarra a pesar del cartel de «No admite menores 16 años, Ley española suya».

La tienda era una mezcla de súper y casa de apuestas, tenía maquinitas de videojuegos y de maquinitas tragaperras. Tenía televisores colgando del techo con fútbol permanentemente encendidos. Cuando no había fútbol había dos pringados de una cadena deportiva, sentados con cara de repelentes, comentando incidencias de las carreras de coches, de caballos o de las motos. Tenía bollicaos y napolitanas que salían envueltas en un envase de plástico que siempre estaba caliente. A veces, como en ese principio de verano, entre el final de la Liga y el comienzo de los campeonatos, las pantallas retrasmitían carreras de galgos o de caballos.

Nos quedábamos arrebatados mirando esos animales sin aliento, alcanzando los límites de su cuerpo, vibrando en los televisores encima de nuestras caras. Fulgía el sudor sobre los lomos de los caballos castaños. Sobre la curva alba de los perros. Cuerpos tensados a causa de la orden o de la fusta que respondían a nombres inefables: Federica Victoria, Oyambre, Cantalagua, Mario Delmónaco. Se parecían a nosotros, que doblábamos el espinazo sobre los libros de Física o de Lengua. Y también esperábamos alguna señal de salida o de llegada a la meta.

—*Tre* euros —decía Madre, con su cara de pan.

Madre suele estar en un cubículo acristalado cerca de la entrada, donde cobra y ve una tele conectada a una cadena donde siempre emiten algo que parece ruso y que parece árabe. A veces se retoca una trenza gris, grasienta y brillante que lleva siempre a un lado de la cabeza. La tienda la manejan unos chinos que siempre están rulando por dentro, abriendo cajas de cartón, vaciando las monedas de las máquinas o colocando latas de cerveza en los refrigeradores, en los que ellos

mismos cuelgan después esos carteles fotocopiados con una impresora vieja «No abrir lata hasta pagar en caja». O esos de «Prohibido alcohol a minore. Ley española suya».

—¿Me puedo llevar unos botellines de cerveza?

—No, mi hija, ley.

Debajo del olivo de la plaza nos bebimos un par de batidos, los abrimos con el mechero de la Txarra. También se había comprado una bolsa de bollos de mantequilla y se los comía mientras daba caladas al cigarro. Le gustaba masticar la nicotina mezclada con el bocado y tragarlo despacio, como si rumiara. Yo compré, además, una lata de cocaola. En mi casa no había ninguna porque mi Jefe decía que provocaba estreñimiento e hiperactividad. Ni siquiera quise analizar el asco que me daba esa frase suya, que repetía a menudo, cada vez que le pedía algún refresco.

Miramos las respuestas al video. Pocas más. Estábamos quietos, cada uno en lo suyo, esperando que se nos secaran las camisetas y los pelos. Se nos transparentaba el bikini, sus colores como de coral y aguamarinas bajo las camisetas. En algunas webs de porno habíamos visto que eso era Belleza. Nos sentíamos muy bien. Al otro lado de la placita, enfrentada a la tienda de Madre, yo sentía abrirse y cerrarse las puertas de la academia de dibujo a la que mis Jefes quisieron llevarme una vez. Una academia pequeña, viejuna, con los cristales llenos de bodegones sin perspectiva trazados en papel Caballo. El mejor papel gastado en sanguinas y aguadas torpes: botellas, macetas, ventanas abiertas sobre paisajes de campo... Fuego, fuego a toda esa manufactura débil, doméstica, obediente al realismo.

Pero entonces Fenomenal y el Sepas pasaron con las toallas enrolladas a modo de faldas hawaianas. Entraron hasta el fondo de la tienda de Madre montados en sus putos patines

de fibra de vidrio, maqueados con trazos de espray que simulaban llamas, marcados con arañazos de navaja. Un vello rubio y escueto les doraba el pecho y los brazos, ya completamente bronceados. En los corrillos de patio del cole comentaban que el Jefe de los hermanitos estaba cogiendo locales en el pueblo para poner casas de apuestas de una marca internacional, famosa, y una de ellas sería la tienda de Madre. Presumían de eso los muy.

No tardaron en salir, giraron cerca del olivo y dieron dos vueltas, cada una más cerca de nosotros. Con tanta vuelta, apagaron el cigarro ya muy acabado de mi amiga. Me rozaron el codo con el tercer giro y la anilla de aluminio de la lata que estaba bebiendo me rozó la mejilla. Ese fue mi primer beso, me dijo la Reco, días después.

Mi primer beso. Con esa quemazón que baja después ardiendo.

Como si me importara.

«Pero te había importado», me dijo la Reco luego, cuando se lo conté. Y yo: «Porque es un gilipollas mundial».

Fenomenal y el Sepas se quedaron enfrente de nosotros tres, quietos, apoyados indolentes en el manillar de sus patinetes, como si estuvieran fumando el aire, o dejando pasar el tiempo.

Como si les sobrara.

Estrellitas sacó una toallita húmeda de su mochila para que me limpiara la rozadura. No era nada. Solo una rayita rosada y unas gotas de sangre mínima se veía. Pero la Txarra, adelantando el corpachón:

—¿Pero de qué? ¿Vosotros, de qué? Que le habéis dao queriendo. Y me habéis apagado esta mierda. Me debéis un cigarro.

Y Estrellitas, bajo y alto a la vez, como gritando hacia dentro:
—¡Capullos!

Fenomenal sacó una cajetilla de Fortuna sin empezar del bolso de loneta que llevaba cruzado sobre el pecho, como el carcaj de un dios arquero. Como esas estatuas griegas que hay en los lejanos museos.

—No ha sido queriendo —dijo, con todo su morro.

Y el Sepas estaba con: «Que sepáis que mañana vamos a organizar una reunión con la gente de último curso, después de clases, queremos hacer una web del instituto. Con nuestras noticias y sin las mierdas de las actividades del curso lectivo. La *Berta Cáceres Alternas*».

Fenomenal siguió:

—Quédatela.

Porque la Txarra le había cogido unos cigarrillos y le quería devolver la cajetilla.

—¿Venís?

—No.

—¿Tienes que lavar las banderitas que tu madre tiene en el balcón, Estrellitas?

—Tenemos los *finales* esta semana.

—No os he visto tocar ningún libro en la pisci.

Me adelanté como entre ambos, sin pensarlo, no sé. Una ferocidad desconocida me sacaba de mis casillas con aquellos gilipollas, sobre todo con Fenomenal, desde que lo vi haciendo el chorra por las galerías del insti, el primer año. Tenía una molicie, una dejadez en la cara y en el cuerpo que me soliviantaba. Normalmente, casi todos los alumnos íbamos deprisa de la calle al aulario, y de allí al laboratorio o a la pista de deportes. Esas prisas, esa obediencia a profesores o al esfuerzo de cursar la ESO, se notaba en los cuellos tensos, en la posición de los brazos alrededor de libros y carpetas, en la rigidez de espaldas y piernas. Solo Fenomenal y algunos muchachos o muchachas de los cursos superiores aparecían con la espalda flexible, los brazos caídos, los ojos somnolientos. Como si

hubieran vencido en esa pelea de la obediencia. Incluso en las peleas del recreo, que Fenomenal ganaba simplemente esquivando la cintura o saltando hacia atrás de manera y velocidad inasumibles para el contrario, agotándole. Eso me ponía frenética.

—¿Dónde es la reunión esa?

—En la cantina del Berta.

—A plena luz, que os da miedo todo.

—A mí desde cuándo.

—Les toca tutoría a los de gimnasia y a la Nieves. Nos dan bola.

—Puede que vaya.

—Fenomenal —contestó Fenomenal.

«Pero tú qué estás diciendo o qué coño estás pensando», me dijeron la Txarra y Estrellitas en cuanto los arqueros se largaron.

Pero yo quería ver qué era y cómo se hacía una web por dentro. Ya estaba harta de participar como espectadora, como «usuaria». Estaba harta de no ir más allá de la superficie de las pantallas. Quería ir a los adentros del mundo virtual. Crear. Que la gente mirara cosas por mí decididas, no solo por mí participadas o compartidas.

—Voy a ir para allá —les dije—, simplemente.

Pero Estrellitas insistió:

—Si te hubieran invitado a una fiesta no te habrían convencido.

—A qué voy yo a ir a sus fiestas, desde cuándo pinto yo algo en sus sitios.

—Que te veo venir.

—Me alegro, así no hay que explicarte.

Se vinieron conmigo, claro. Estábamos demasiado orgullosos de que nos hubieran invitado como para pensar. La vanidad aplasta el cerebro, es como las drogas, acaba con las neuronas. Eso lo supimos luego.

En la cantina había un montón de gente. Los últimos días del curso eran así siempre, todo el mundo andaba cansado, ya no había ganas de decir: vuelva a su aula, cierren los videojuegos o no se puede estar en la cantina en hora lectiva. Las clases habían acabado, solo restaba por hacer los exámenes de nuestros cursos y ya sería el verano. La cantina olía a queso en lonchas y al licor que algunos profes se echaban al café cuando pensaban que nadie los veía. La peste a queso solo se diluía cerca de la puerta del patio, donde los setos de mirto y los abedules.

Había grupos de profesores que tenían un pequeño receso a esas horas, el tutor de Gimnasia estaba en otra mesa, repasando una tabla de ejercicios en su portátil y algunos alumnos iban de la barra a las mesas con bocadillos, cocacolas y bolígrafos de colores. Nos unimos a la mesa grande, donde se discutía el nombre de la revista, alrededor del portátil de Farida. A su lado estaba la Reco, tocando la pantalla y señalando aquí esto, aquello de color tal, fuera la palabra esa. Farida resoplaba y meneaba su cabeza cubierta por el pañuelo estampado típico de su pueblo, pero cedía y cambiaba lo propuesto por la Reco.

Al principio no dijimos nada.

Luego, Txarra repartió cruasanes de una de las bolsas que solía llevar consigo y recibió un trago de Fanta de una muchacha muy bella, muy silenciosa, Rosalinda, a la cual habíamos visto vomitando por los aseos casi cada mañana del mes anterior. Por un momento nos quedamos mirando su barriga: redondita, respingona, como modelada adrede sobre la espiga de su cuerpo.

—Son plumas —dijo ella muy bajito, haciendo el gesto de silencio sobre sus labios.

Después Fenomenal me dijo que me acercara al ordenador. Me señaló con el dedo:

—Esta tiene un montón de dibujos fenomenales en la carpeta, seguro que puede hacer eso que dices para la portada.

La Reco me miró, estirando la papada que llevaba siempre mojada en sudor. Una vibración sonora como de un helicóptero llegando me envaró la espalda, me situó las mandíbulas justo encajadas la una sobre la otra. El resto del jaleo y el murmullo de la cantina desapareció para mí.

—Sabes dibujar —afirmó, sin preguntar.

Pero yo:

—¿Tú desde cuándo tocas mis cosas? —a Fenomenal. Y él se reía.

—Que desde cuándo te atreves a tocar mis cosas —le repetí, más alto, echándome para delante.

La Reco miraba atentamente la pantalla donde se componía la cabecera del futuro fanzine, casi sin respirar; pero alguna tensión se percibía en sus orejas, como si las girase hacia mí. Así hacen los gatos ferales de las afueras cuando les echan comida: se ocupan de las vísceras con toda la cara, abriendo y cerrando las mandíbulas, pero las orejas las mueven autónomas, certificando, en la vibración del aire, la posición del enemigo. Fenomenal me paró, tocándome el hombro. Yo ya iba lanzada. Me toqué la rozadura de la mejilla. Dije, vocalizando bien, para que no hubiera dudas:

—¿Me vas a *dar* otra vez?

La palabra fue como un disparo en una habitación breve. Los profesores que charlaban callaron en seco y nos miraron, el tutor de guardia se levantó de golpe, pálido como una pared. El grupo de la revista se abrió y se giró como una corola vegetal.

El de Gimnasia pidió explicaciones a Fenomenal con una dureza que nosotros nunca habíamos visto. A él le cogió del hombro, a mí me miró de frente, situando todo su cuerpo enfrente de mí, no solo la cara, como hacen los mayores cuando alguna de nuestras cosas les recuerda que seguimos vivos y que somos más jóvenes, más sanos, más frívolos que ellos.

Esa fue mi primera vez.

La primera vez que me miraron como miembro de la sociedad. Me estaban creyendo.

—Felipe Meroño y Trini Segura, ahora mismo al despacho.

El Sepas y mis colegas protestaron. Se levantó un murmullo grande en el resto.

La Reco también protestaba, hasta hizo el amago de levantarse.

—Teresa Cifuentes, no quiero oír ni un respingo.

Los profesores que estaban charlando se acercaron también para poner orden y aseguraron a su compañero que de allí no se iba nadie hasta que no se esclareciera aquello. No querían perderse, claro, ellos querían formar parte de las incidencias del centro, ellos eran miembros de pleno derecho de la sociedad, ¡ellos importaban!

Antes de dirigirme a Dirección, puse la mano extendida a mi espalda, para que la Txarra y Estrellitas me la palmearan disimuladamente.

Fui yo la que entró en el despacho de Dirección primero, mientras a Fenomenal le mandaban esperar en la puerta. La directora del Berta Cáceres, la Coletas, estaba allí dentro. Su nivel de escándalo, muy alto de por sí, subió a niveles estratosféricos. Me costó demostrar que Fenomenal solo me había hecho un rasguño y por error.

—Pero entonces, Trini, por qué has dicho eso en la cantina.

—Por yo qué sé.

—Y Meroño se acercó con el patín.

—Sip.

—Y cómo te hizo una herida si fue un roce sin pensar.

—No sé.

—Si estabais fumando o...

—Nou.

—Puedes decírnoslo, no va a salir de aquí.

—Ya.

—Tenemos que seguir el protocolo, Trinidad.

—Ya.

—¿Quieres ver al psicólogo?

—Nope.

—Dile a Felipe que pase.

—Reto superado —les dije a mis dos colegas cuando volví a la cantina. Y chocamos las palmas.

Los demás, alrededor de la Reco y del ordenador donde se componía la futura revista-web, se limitaron a hacerme hueco y a hablar del reparto de tareas para componer la revista, meterle contenido y difundirla; también del examen de Física y todas esas leyes complicadísimas que luego en la práctica son tontadas normales de la vida, pero que los científicos han conseguido exponer en palabras o fórmulas difícilísimas.

Fenomenal volvió del despacho con la cara muy seria. Me miró. No sé lo que veía. Todas las caras habían cambiado para mí. Para mi grupo, en realidad.

Cuando entramos, éramos los tontos recién llegados, ahora éramos terreno inestable. No sabían cómo tratarnos. Farida nos decía «*oyes*», pero el tono y las miradas querían decir «ustedes». Los muchachos marroquíes nos decían «qué tontada, en esta pestaña irá lo de deportes», pero después hacían el silencio de quien dice «si no os importa». Yo alcé la cabeza y la giraba cuando hablaba para que todos vieran la pequeña línea rosada en todo momento. Alrededor de la mesa, notábamos a los profesores, al encargado de la cantina, a los otros alumnos. Era como un campo electromagnético, algo candente y no resuelto. Algunos profesores fueron llamados al despacho de la Coletas por megafonía.

Y todas esas esperanzas..., porque esperábamos, ¡sí!, esperábamos entrar a ese grupo que se *sentía* cada jornada en el insti. Que estaba en la puerta o en el pasillo cuando algo